

LA AVENTURA TRIUNFAL DE DON QUIJOTE

POR JOSÉ MONTOTO

Al leer el Quijote siempre me enamoró el loco genial, y pensé muchas veces en lo que pudo ser el pensamiento que guió a Cervantes al crear la figura del ingenioso hidalgo. ¿Qué quiso retratar en su persona? ¿Qué nos quiso decir el genio alcalaíno? ¿Qué representa don Quijote en el mundo de las ideas?

Quede para los doctos el amplio estudio y la ponderación de la obra cervantina. A nosotros, simples observadores de la vida en lo que ésta presenta en los primeros planos, nos embarga un sentimiento de admiración hacia el gran Don Quijote de la Mancha, en quien vemos el esfuerzo y las más nobles ansias por lograr lo sublime, con olvido de que, desde la Tierra, que, como dijo el poeta, no es centro de las almas, le es al hombre imposible el poder ascender hasta los cielos de una feliz lograda perfección. Sólo en eso fue loco y fue insensato el héroe de la Mancha. Y la vida, llamándole a cordura con reiterados y crueles avisos, fue el freno que impidió que las ansias del más sublime loco tuviesen cumplimiento y realidad.

Tres salidas, animosas las tres, hizo el héroe manchego, y la desgracia fue con él las tres veces. Su primera aventura fue la del mozo Andrés, al que un amo cruel está azotando, en lugar de pagarle su soldada. Y don Quijote, loco acaso esta

vez más que ninguna, confió en la palabra del amo avaro, quedando el pobre Andrés en ocasión de ser vapuleado nuevamente con redoblada furia.

Creyó hecha la justicia, y marchaba el hidalgo muy gozoso camino de su aldea a fin de proveerse de todo aquello que el socarrón ventero le prescribió como preciso, cuando se da de manos a boca con unos mercaderes con los que tiene algo más de dimes y diretes para que proclamen la excelsitud de Dulcinea.

Antes había sido la justicia. Ahora ha sido el amor quien le fuerza a la aventura. Pero el caballo cae al comenzarla, y el pobre hidalgo es maltratado con crueles golpes por aquellos villanos. Como si Rocinante nos quisiese advertir con su caída que el héroe de la Mancha era un monumento de suprema grandeza sustentado en el liviano pedestal de pobres realidades de la vida.

Sale segunda vez en busca de aventuras, y la primera de esta segunda vez es para castigar la soberbia de unos descomunales gigantones cuya corpulencia y espantable aparato no amilanan su ánimo. También ahora ha calculado mal la fortaleza de sus medios, y caballo y caballero miden el duro suelo, malparados. Resulta así vencido, no por quien tiene más corazón, sino más fuerza material y ciega, como fueron las aspas de molinos de viento.

En su tercera salida, la primera aventura es la de la amorosa cortesía. El ansía rendir vasallaje a la alta princesa del Toboso a la que le ha rendido su albedrío. ¡Gran poder del Amor y de los altos y puros ideales! El sabe en su cordura que tal princesa no hay. El le había dicho a Sancho cuál era su verdadera condición y el nombre verdadero, que es Aldonza Lorenzo. Eso lo sabe él en su cordura. Pero en su alta locura «píntola —dice a Sancho— en mi imaginación como la deseo, así en belleza como en principalidad, sin que le falte ni le sobre nada».

También ahora fracasa, y la alta princesa se le convierte en zafia labradora.

Tres veces ha salido. Una, para favorecer al desdichado. Otra, para luchar contra el soberbio. La otra, para rendirse

ante el amor. Tres veces ha salido, y las tres vuelve triste y malparado. La vez primera, en el macho de su honrado vecino Pedro Alonso. Llega al lugar vencido el cuerpo, pero más invencible y loca el alma en su noble y altísima locura. Vuelve vencido por segunda vez. Esta vez «encantado». Los amigos, que ansían hacerle bien, no se percatan de que al mundo le infieren grave daño, ya que son tan precisos esos locos sublimes que son decoro de la humanidad. Y la tercera vez vuelve vencido y melancólico. Un año entero ha de estar inactivo. ¡Con la falta que él piensa que está haciendo en el mundo! Yo no sé cómo pudo llegar hasta su aldea; yo no sé cómo pudo sufrir su corazón, sin romperse de pena, el vencimiento. Aun cuando no es verdad que a él lo venciese nadie. Ahora, como otras veces, fue su pobre caballo el que no estuvo a tono con la gran fortaleza que imperaba en el ánimo de su noble señor.

Y vuelve melancólico a su aldea. La grandeza de alma, la sublime locura, el heroísmo ciego, la generosidad sin tasa ni medida van a encerrarse porque así lo ha dispuesto la imprudente prudencia de los que no advierten el mal que hacen al mundo; a ese mundo en el que acaso sobren prudencias temerosas, y escaseen, en cambio, locuras peregrinas.

¿No es verdad que parece que Cervantes quiso decirnos algo en todo esto? Acaso se propuso mostrarnos el verdadero cauce por el que debemos conducir la exaltación, el ímpetu, la ilusión y el ensueño. Acaso quiso mostrarnos el fracaso de cuanto no se encamina directamente a Dios. Acaso fue su intento decirnos cómo es el mundo y en qué vienen a parar honras y afanes. Lo cierto es que, al loco generoso, cuando va ya camino de su aldea lo patea y ensucia una piara de cerdos que lo atropella y pasa sobre él. Y que luego, para mayor crueldad, viene la burla necia y de mal gusto de Altisidora, que simula haber muerto de amor por don Quijote.

Triste va el caballero hacia su aldea. Triste, y enamorado. Enamorado, y loco, que es locura tres veces. Va ahora a hacerse pastor para, en las claras fuentes, en los valles serenos, en las cañadas umbrosas y en los riscos serranos dar su voz a los vientos encomiando a su dama, y para que el nombre de Dulcinea lo repitan los ecos campesinos.

Pero Dios fue piadoso. Don Quijote, al llegar a su casa, durmióse unas seis horas. Y al despertar —nos dice Cervantes— dio una gran voz para decir: «Bendito sea el poderoso Dios». Así tenía que ser. Don Quijote, que a grandes voces retó a los enemigos, y a grandes voces denostó a los villanos, y a grandes voces proclamara lo justo, y a grandes voces ensalzara al amor, no podía, a la hora de bendecir a Dios, musitar una plegaria con tenue voz y tono lastimero. Había de hacerlo con corazón entero y grandeza de espíritu. Por ello, dice Cervantes que, dando una gran voz, dijo con ímpetu: «¡Bendito sea el poderoso Dios cuyas misericordias no tienen límite ni la abrevian ni impiden los pecados de los hombres!»

Ya don Quijote está cuerdo. Enteramente cuerdo. Pero es que la perfecta cordura en quien ha vislumbrado tantas locas grandezas, tantas perfectas justicias y tantos excelsos amores no es ya posible en vida hecha a soñar.

Y entonces don Quijote, viéndose cuerdo ya, tuvo la gran cordura de morirse, temeroso, sin duda, de caer en nueva tentación de cabalgar sobre otro Rocinante que pudiese rodar dando en tierra con él y sus altos afanes. Y así, en plena y en serena cordura, se murió para entrarse por las claras estancias de los cielos, en donde, dando una gran voz, se entraría diciendo: ¡Bendito sea el poderoso Dios!

Y he aquí cómo don Quijote, que soñó con reinar en un reino, encontró al fin el reino en que reinar. He aquí cómo el que vivió enamorado de la justicia, fue a habitar en el reino de la Justicia misma. He aquí cómo el que por amor al Amor fingió dama a la que dar su corazón, y hasta fingió y creyó ser verdad su amor fingido, se abrazó y se abrasó con el Amor.

Esta fue la aventura victoriosa. La única victoriosa —con victoria total cierta y definitiva— del Ingenioso Hidalgo de la Mancha.